

Vértices

por Giorgio Lavezzaro

Residir en México es aprender a vivir mirando encima del hombro. De esto uno se da cuenta, tarde o temprano, o prefiere no pensar en ello (o tiene la suerte de vivir en alguno de esos paraísos de la república en que la violencia no se ha instalado, todavía). Si uno pasa suficiente tiempo en la Ciudad de México, por ejemplo, uno termina dándose cuenta de que esos relatos atraviesan todas las esquinas posibles, que no importa el barrio o la colonia o el estado, en cualquier momento podría tocarte a ti, en algún punto podrían converger los dos lados de ese ángulo de México.

Eso le pasó a Michael Willöfer cuando residía en Ciudad de México y pensaba que la violencia era algo que sucedía al interior de la república —ese eufemismo para hablar de la provincia que, al mismo tiempo, delata lo que quiere esconder: que dentro de todo el país pasan más o menos las mismas cosas: al *interior* de la república. Y le pasó cuando mataron, en la misma colonia en la que él vivía, a un, a un fotoperiodista, a Rubén Espinosa junto a sus compañeras de piso y la mujer que hacía la limpieza. Cuando pudo verse reflejado en la mirilla del arma hipotética que imaginamos, con miedo, cuando vivimos rodeados de estos relatos, cuando salir a la calle es ejecutar mecánicamente una serie de rituales que buscan protegernos: repasar a dónde vamos, a qué hora volvemos y con quién, a qué zona vamos, quiénes irán, cuánto dinero deberíamos sacar, en qué lugar, qué no llevar puesto, cómo no exponernos.

Eso fue lo que hizo que el obturador de Willöfer comenzará a exponer su película a la luz de paisajes de un México que siempre se dibuja entre ese espectro que nos asedia y el esplendor que puede tener su gente, su hospitalidad, su humildad, su generosidad. Mirando las fotografías de Michael seguido me pasa que no puedo dar cuenta de qué es lo que se encuadra porque muchas veces son paisajes que me habitan, que forman parte de lo que alguien llega a llamar normal y deja de ponerle atención. Pero cuando enfoco desde su mirada logro recordar esa luz y esa sombra que habitan los paisajes de mi memoria; una mirada desde afuera y desde adentro, en el mismo litoral desde el que se construye esta serie de fotografías — que atraviesan buena parte del territorio y varias temporalidades, desde 2015 hasta estos días en que el proyecto sigue vivo, se sigue construyendo y cobrando forma—: esa frontera se yergue entre el asombro y el escalofrío, lo cotidiano y lo extraordinario, cuyos extremos se comportan como en una banda de Möbius y el escalofrío toca lo asombroso o lo que debería ser extraordinario, fuera de lo común, se vuelve cotidiano: como ver un cuerpo inerte en la carretera o el agua y no saber si es un cadáver o un ser vivo; como ver una jornada entera de pesca, desde el alba hasta la recolección de los peces, e intuir los lazos familiares que atraviesan esa cotidianidad.

Al calce de las fotografías el espectador encuentra, aquí y allá, algunas anécdotas del fotógrafo. Los títulos apenas describen lo que las fotos mismas enmarcan. Sitúan las geografías, las temporalidades, los paisajes. No agregan nada porque no tienen nada que agregar: ejercicio de foto de paisaje, foto documental, luz vuelta historia.

En las fotografías de Michael Willöfer hay cierta cotidianidad que no es vista, una cierta intimidad expuesta. Una realidad, con sus claros y sus sombras, que atraviesa a todo el país, pero de la que a veces, como residentes del país mismo, no podemos saber mucho: porque se vive en ella, porque no se le conoce o porque no se quiere pensar en ella.

La luz expuesta del fotógrafo alemán ilumina de otro modo los paisajes de siempre, volviéndolos otros.